

LA CAMPAÑA

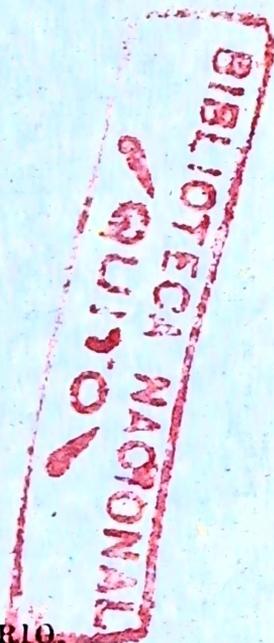


LOJA

EN 1886.

Historia

*Anónimo
Facito*



LOJA,

IMPRESA DEL SEMINARIO.

1887

La Campaña de Loja

EN

1886.



I



LOS hechos de armas han merecido siempre la atención de los pueblos, y la diligente historia los apunta con preferencia: porque la guerra es enseñanza; porque la guerra exhibe el tipo de los pueblos; porque la guerra es un fenómeno extraordinario y trascendental. Turbación en la familia, catástrofe en las naciones, tumba de las razas, nacimiento ó muerte de las ideas, cataclismo en la humanidad: eso es la guerra. Ella alecciona la mente, y da al corazón un caudal infinito de sentimientos. Por eso las batallas son hechos que flotan sobre las brumas del tiempo, y son para las generaciones como faros prendidos por la gloria, como monumentos de insigne esfuerzo en las tempestades humanas. ¿Por qué hemos de dejar los lojanos que el turbión del tiempo sepulte los hechos que, no por ser en pequeño teatro ejecutados, son menos dignos de memoria? Que los desdeñe la epopeya, mas que la leyenda los haga suyos. La campaña á que el alfarismo ha obligado en la provincia de Loja, no quedará desapercibida por la historia. El Gobierno y los inteligentes deben estudiar cuidadosamente el desarrollo de los sucesos de esta campaña. Nosotros con la más exstricta imparcialidad que puede apetecer la historia, y habiendo recojido diligentemente, los datos, y depuesta toda pasión, escribimos este opusculito que desde luego ofrecemos como una corona á los héroes defensores de la Constitución, y en especial de esta provincia.

II

LA provincia de Loja ha sido siempre la morada de la tranquilidad. La cuna del hijo de Loja sólo se mece al rumor de las brisas de sus perfumadas florestas. Lejano el mar, este pueblo no conoce las tormentas. Remotos los volcanes, no anublan nuestros horizontes ni derriban nuestros edificios. Ninguna de las grandes escenas de la naturaleza, ninguno de los cuadros imponentes. ¿Cómo el lojano puede sentir en su corazón el temple del heroísmo? Campos risueños, flores en toda estación, un cielo siempre hermoso, un clima deleitoso, no pueden infundir hábitos viriles. Ya la fecundidad del suelo y el aislamiento de los emporios de comercio y de actividad denunciaban á este pueblo como indolente.

Diez y nueve meses hacía que Alfaro andaba como el cólera asiático, de puerto en puerto, en nuestras costas. La desolación, era la cola de ese cometa fatídico. El "Alajueta," monstruo marino que se hallaba devorando las inermes víctimas del "Guacho," frente á las solitarias playas de Jaramijó, no fué, al acercarse el "Nueve de Julio," sino una tea funeraria que ardía chisporroteando con la sangre de mil víctimas. El general D. Reinaldo Flores, en el mar, y el Coronel D. Euclides Angulo, en tierra, eran rocas contra las cuales se estrellaría siempre y se desmenuzará en sangriento polvo toda invasión alfarista en el litoral. Pues otro rumbo! Alfaro pensó en Loja.... Los lojanos no saben combatir. El corazón lojano carece de ardimiento, y á corazón débil, voluntad fácil. Alfaro, á Loja!... ¿No fué por ahí por donde Salazar abrió la más célebre de las campañas ecuatorianas? El radicalismo es tea encendida en el fuego plutónico. A Loja! ¿Por qué tardamos?..... A Loja!.....

Así pensó el caudillo radical, y en Mayo de este año de 1886. en las solitarias selvas del Puyango, fronteras al Perú, resonó un eco por allá desconocido: Viva Alfaro!... Luego los campesinos de esas apartadas regiones sintieron que ese grito, que alternaba con el rugido del tigre, valía lo que ese rugido: Alerta con la vida y la propiedad!.....

III

EN la madrugada del 15 de Julio fué sorprendido el descuidado piquete que estaba de guarnición en Celica. El suelo de es-

ta provincia se tiñó en sangre. Un muerto y cinco heridos fueron la hazaña del enemigo; pero qué hazaña! asesinar á rendidos después de sorprenderlos durante el sueño. Mas, no fué barato el triunfo, si tal puede llamarse; porque dos disparos del cuartel causaron bajas que el enemigo deploró profundamente.

El asalto dió á conocer la posibilidad del enemigo para marchas rapidísimas, su crueldad sistemática, su espantosa miseria, su rapacidad repugnante, y el buen espionaje de que disponía. De esto debía deducirse que la montonera hacía la guerra, como si dijéramos, por una necesidad natural; debía esperarse un valor igual á la tenacidad y la repetición de las sorpresas.

La guarnición de Celica se puso después de este asalto al mando del Sgto. Mayor D. Mariano Vidal, jefe muy recomendable. La vigilancia de este Jefe impidió las sorpresas nocturnas. El 11 de Octubre, con un movimiento rápido, por una vía impensada, y á la hora en que la tropa debía estar dispersa, se invadió la plaza. Eran 69 los invasores, y 37 los defensores de la villa; si bien no eran sino 30 los individuos de la fuerza disponible, porque 5 estaban de reserva, guardando el parque, y dos cobardes fugaron á la primera descarga. Leones eran los que invadían! Avilés, Barahona, Irigoyen, Pesántez, y la tropa más convencida que darse pueda de la necesidad de combatir y de la importancia de vencer: Jefes que sin la victoria vivirían en un abismo tenebroso, soldados que sin el triunfo no tendrían derecho á la sociedad de sus semejantes: esos son los invasores. Engreídos estaban, además, seguros de habérselas con reclutas extraños á la detonación del rifle. Y había razón: la victoria por los radicales parecía un resultado aritmético.

Había principiado el combate á las 3. h. p. m; el sol estaba ya en el Ocaso y aun se combatía: arremetía el furor, resistía la serenidad; 40 metros mediaban entre combatientes; los mayores en número gozan de inapreciables ventajas en el terreno. Llega la noche.... Victoria!... Derrota!... ¿Venció Alfaro? ¿Oh asombro! Los laureles caían en el campo de los defensores de la ley.... ¿Cuánto cuesta la victoria? 2 muertos (uno de los dos desertores.) y 5 heridos. ¿Qué importa la derrota? Avilés, cadáver, y el campo que ocupó el enemigo está empapado en sangre. Bajo la hojarasca de la selva, al día siguiente, iban enterrándose numerosos cadáveres. Los heridos..... Dios lo sabe. Entre ellos, incapaces de fugar, fueron tomados prisioneros, el temido Irigoyen y dos más. Si el Gobierno, cediendo á reiteradas insinuaciones, hubiera protegido á esta provincia con algunos veteranos; si hubiera podido el Mayor Vidal disponer de unos diez hombres para flanquear al enemigo ó para perseguirle, el 11 de Octubre había concluido la expedición alfarista. Con todo, para quien tenga en cuenta la topografía de Celica, la hazaña del Sr. Vidal se agigantará.

— 4 —

Cuando los desastres son la consecuencia de nuestros actos, el hombre siente la necesidad de reflexionar. Una derrota, especialmente, es materia de obligado estudio. Los alfaristas debieron dirigir una mirada retrospectiva sobre su desgracia, y pensar. ¿Por qué huyó la victoria? Las barricadas naturales de las casas de Celica aisladas y en desorden; los defensores de la plaza sin suficiente trincheras y sin poder abandonar el puesto; libre el invasor para evolucionar á su voluntad; mayor en número, iguales las armas. ¿Por qué la victoria les vuelve las espaldas? *El destino* quedó en las páginas de la mitología: *la fortuna*, divinidad ciega é inconsciente, á la que el vulgo achaca el éxito inesperado de los negocios humanos, es un fantasma. El cálculo ó la Providencia, no existen otros agentes en los sucesos de la guerra. La montonera calculó bien; el desastre fué el resultado. ¿Qué premisas habrán allegado para justificar esa conclusión amarga, aterradora, que se llama derrota? Pero los alfaristas no pueden reconocer la acción divina en medio de los actos humanos, y negando la intervención de la Providencia, creén en abstracciones vacías. De aquí su obsecación.

IV

VUELTA á formar la montonera de Puyango, llegaron para acaudillarla los coroneles Luis Vargas T. y Pedro J. Caveró. Contaban los rebeldes con cuatro coroneles, y á proporción del número de estos era el de los demás jefes y oficiales. Siendo respetable esa fuerza, se acobardó de invadir nuevamente Celica defendida por 30 hombres al mando del Teniente Coronel D. Antonio Vergara.

Los S. S. Coroneles Vega y Pallares, Jefe de Operaciones el primero y Comandante de Armas el segundo, reconcentraron en Celica las fuerzas de esta provincia, creyendo poder combatir con el enemigo; mas, cuando éste se había contenido ante los 30 reclutas del Sr. Vergara, con más razón se aterraría ante los 170, más ó menos, que formaban la fuerza de Celica desde el 23 de Noviembre. El Coronel Vega tampoco podía tomar la ofensiva, porque su tropa absolutamente no era de confianza; eran las deserciones diarias, no había caballería, el enemigo andaba de aquí para allá y contaba con buenos medios de movilización.

Los enemigos eran sabedores de los motivos que detenían nuestra fuerza en Celica; sabían que en Loja no había sinó una fuerza de 21 hombres, á contar con los enfermos; sabían que no había jefes, y algunos pésimos hijos del lugar, hartos de furor ó cie-

gos de ambición, les instalaban por que ocupasen esta ciudad, en la cual les ofrecían grandes comodidades. La montonera debía estar fastidiada con la campaña que hacía de diezmar los rebaños y asustar á los habitantes de apartados caseríos. Eran poco pingües las contribuciones que esa gente podía pagar, no habiendo otro fondo para la caja de guerra. Además, el verano debía concluir en pocos días y el invierno sería la disolución de la montonera. Pues á Loja!....

V

EL 29 de Noviembre alzaron su campo los expedicionarios, y vinieron á este lado de Celica. En la misma fecha el Jefe Político de Catacocha comunicó á esta ciudad que se decía en ese pueblo que Filomeno Pesántez había llegado con su gente á la hacienda de Almendral, (una jornada mas allá de Catacocha); que él lo averiguaría y daría aviso de si era ó no cierto. Los términos del oficio indicaban que no se trataba sinó de un rumor de pueblo, y esa noticia llegó en esta ciudad el 1.º de Diciembre á las 11 h. a. m. La incierta nueva de la presencia del enemigo á cuatro largas jornadas de aquí y á una de Celica, no era para alarmar al público. La Gobernación adoptó medidas de cautela, entre ellas la de enviar una instrucción minuciosa al Jefe Político de Catacocha para que se impidiera el avance del enemigo, y se envió un espía de á caballo hasta ese pueblo.

Desde el 19 de Noviembre en que los Coroneles Vega y Pallares salieron de esta ciudad, ninguna comunicación se había recibido de ellos. No había espionaje en toda la línea; pues por accidentes imprevistos estaba suspenso por entonces. La dificultad de obtener fondos, por que el Ministro de Guerra no ha pecado por largueza para con esta provincia, quizá por que reputaba insignificantes los movimientos que se operaban en ella, era obstáculo de gran bulto para las autoridades exajeradamente meticulosas en disponer de los fondos públicos. La situación era, por otra parte, nueva, y la experiencia no había hecho conocer que la operación más económica de la guerra es el pago de un buen servicio de espías.

El espía de á caballo regresó después de las 7 h. p. m. y comunicó que á dos leguas de aquí habíase encontrado con dos negros que venían á avisar á su patrón, Señor Daniel I. Carrión, que el enemigo había llegado á Catamayo, y

que venía aceleradamente detrás de esos postas. Llegaron los negros, fijaron en 100 hombres el número de la fuerza agresora: indicaron los nombres de los jefes, y entre ellos los de Caverero y Patricio Ordóñez. No había que dudar, la ciudad iba á ser invadida dentro de una hora, que no con más tiempo podrían los postas haberse adelantado.

VI

UN bando convocó á todos los hombres capaces de tomar las armas. Qué impresión la que produjo el tambor! La hora, lo intempestivo del ataque, la montonera, y jefes entre ella Pedro Caverero y Patricio Ordóñez!... La imaginación del pueblo agoraba para Loja la suerte de la ciudad de Priamo. Qué cuadro!... No intentamos copiarlo, solamente advertiremos que el llanto de los pequeños, el ir y venir de la muchedumbre despa- vorida, la confusión general, el sobresalto de todos, no son condiciones en las cuales se temple el corazón del guerrero.

Muchos hombres acudían á la plaza, ninguno de armas: todos inquirían, conjeturaban todos, nadie resolvía. Y corría el tiempo: el enemigo debía ya de entrar en la ciudad, mas no asomaba: ningún rumor denunciaba su presencia; de lo que no pocos concluyeron:— “Los negros son conocidos por sus embustes.” Buen chasco el que nos han dado!... “Buenas noches caballeros!”— Otros decían: “Defendámonos.” Opinaban algunos que la resistencia sería una baladronada que provocaría el furor del enemigo, debiendo ser horrendas las consecuencias. No faltó quien exhortase á una retirada en formación, caso de tenerse por imposible la resistencia. El enemigo en vista de la actitud de esta fuerza, que quedaría á la vista de la ciudad, no podría abandonarse á saquearla. Según este consejo, nuestra columna debía mantenerse hasta que avanzase el Coronel Vega, que no podría tardar más de un día. En este caos de opiniones se entreveía la imposibilidad de la defensa y ser el mejor partido la salvación individual. Con lo que la plaza fué quedando desierta.

Era este el resultado de la falta de un jefe militar. Si lo hubiera habido, se habría formado desde luego un batallón; pero todos los jefes estaban en Celica, y no había en esta plaza más de 21 reclutas, contando aun con los enfermos. Un teniente y dos subtenientes comandaban esa fuerza.

El Gobernador procuró llenar esta falta, y lo nombró de jefe al Sr. Daniel I. Carrión. El Gobernador quería que se resistiese, y mientras los ciudadanos discutían, él había tratado de organizar

alguna cosa. El Sr. Carrión, es un ciudadano de buena voluntad, valiente y desinteresado; prestó eminentes servicios en la Restauración; más, aunque en la jornada del 9 de Julio del 8; se le otorgó el diploma de Teniente coronel, este grado, como el de todos los lojanos de aquella memorable campaña, no alcanzó á confirmarse por un despacho; por que, sin que alcancemos la razón, se trató de desconocer los servicios de esta provincia. La gloria de los pequeños irradia para el porvenir....

El Sr. Carrión aceptó su cometido, haciendo el sacrificio hasta de su honra militar; porque no eran las circunstancias á propósito para hacerse reconocer militarmente, ni la juventud dispuesta á combatir podía adquirir en ese instante el conocimiento de los deberes del soldado. Las armas se habían puesto á discreción, cada cual había tomado la suya, y en grupos de á dos ó tres ciudadanos, cada uno se declaraba jefe y soldado. Con lo que faltó unidad en el plan, ó mejor, no hubo plan.

Haremos constar aquí que se armaron en el parque los Drs. Manuel y Abelardo Aguirre, hermanos, el primo de estos Carlos Jaramillo, D. Teófilo Sánchez y otros que luego nos acometieron con el invasor.

VII

A media noche se perdió la luna, hora señalada por la montera para su aproximación á la ciudad; los que habían de venderla eran los únicos sabedores de esta seña, y á esa hora se empeñaban con especiosos pretextos en alterar el orden que procuraba establecer el Sr. Carrión. Disuadían á unos, hacían retirar las guerrillas distribuidas, ó propendían á corromper al soldado dándole dinero para aguardiente.

Oyéronse unas detonaciones. Era la avanzada que detenía al enemigo en una ondulación de la colina occidental de la ciudad. Las detonaciones fueron confusas, y no todos se apercibieron de ellas. El subteniente D. Belisario Cobos, con seis compañeros, había causado grande estrago al enemigo que retrocedió hasta recobrase.

La avanzada cedió el campo por la mala calidad del armamento. Es de saberse que la Gobernación habiendo instado vanamente por que se auxiliase á esta provincia con algunos veteranos, pidió 100 rifles buenos á la Comandancia General del Distrito, y le fueron negados, por que *en Cuenca no los había*; mas

cuando se obtuvo del Gobierno la orden de que del parque del Guayas se nos enviaran 100 rifles Remington, del parque Azuayo se nos envió con prisa 100 rifles Gras, quedando allá los otros destinados á esta plaza. Apuntamos este hecho por la influencia que tuvo en el combate de que vamos á ocuparnos, y para que se advierta que estas cosillas, aparte de suscitar sentimientos de provincialismo, originan efectos inesperados. Las cosas han de estar en donde se necesiten. Las armas, si las pide el lujo, malditas sean!: si se destinan á justa guerra, téngalas á la mano el combatiente. La superioridad del rifle Remington para fuegos sostenidos es conocida por todos. La victoria de Celica se debió á esa buena arma.

Pero pesa sobre el guardajarcue la culpa del pésimo estado de las armas en la noche del 1.º de Diciembre. Hecha esta digresión, continuemos.

El enemigo sabía perfectamente la disposición en que estábamos, y se receló de entrar. Situado en la margen del Malacatus que hace la orilla occidental de la ciudad, había tomado algunas boca-calles. Varios de los jóvenes más animosos cayeron prisioneros en ellas tratando de ir á descubrir al enemigo; con lo que sufrimos bajas inestimables. Así fué prisionero el Dr. Agenor Palacios, episodio que lo dejamos para después.

Se acercaban las 4 a. m. cuando la montonera envió una como embajada, confiada á un parlamentario y á un parlanchín. Eran el Dr. Rafael Arias y Carlos Jaramillo, quienes se dirigieron á la casa del Sr. Manuel A. Carrión, caballero que goza de general y merecida simpatía, y á quien, á falta de autoridades, se acudía para todo en aquella noche; por que es natural aconsejarse y obedecer al que es digno del afecto público. Jaramillo rompió á dar su recado á gritos y desde el patio de la casa, y lo que sentó peor, lo dió en nombre de su coronel Caverero. Intimó que se rindiese la plaza á discreción, para evitar las horrorosas consecuencias de tomarla por la fuerza. “Entraremos, dijo, á sangre y fuego, y la gente de mi coronel Caverero hará atrocidades.” Indignado oyó el Señor Carrión tal mensaje; indignado por quien lo traía, por quien lo enviaba, por el tono y manera con que se produjo y por el atrevimiento de la intimación. El Dr. Arias procuró corregir la impresión, pero sin fruto. Jaramillo engendró el desprecio á los suyos. Cuando lanzaba su reto, suscitó en el auditorio ese murmullo de altivez de quienes sienten el ardor bélico. El Sr. Carrión se apercibió de este rasgo de coraje, y para que el día diese ventajas á la defensa, propuso á los parlamentarios: “Suspéndase toda hostilidad hasta la venida del día: entonces, si no comparecieren las autoridades, se convocará al pueblo para que decida si se debe ó

no capitular." La embajada interrogó entonces al Sr. Daniel I. Carrión sobre si él quería tratar. La respuesta fué: "Sí trato.... á balazos!"

Se había lanzado la granada, y debía estallar. Los nombres de Cavero y de Patricio (Ordóñez) así como habíán aterrado á las mujeres, prendieron en los corazones de los hombres esa saña saludable en el que se apresta á un combate; y la insolencia de Jarañillo vino á dar el último toque á las marciales disposiciones en que estaba el pueblo para entrar en el más arduo de los empeños humanos.

VIII

LA aurora del 2 de Dbre. venía pálida y perezosa, helada como la muerte, brumosa como el desenlace de los sucesos que no dependen de nosotros. Reinaba un silencio solemne; la ciudad, anhelante, parecía como que durmiera. Los campanarios alegres á esa hora en los días de felicidad pública, como que aguardaban tañer á muerto. De repente tronaron los riles y ese estrépito cundió instantáneamente en media ciudad. Eran las cinco y cuarto de la mañana, y por la opacidad de la atmósfera, aun iluminaba el relámpago de los fogonazos. Entre el fragor del combate, entre el rumor de la batalla resonaba un nombre... Alfaro! lanzado como una Gorgona que había de petrificar á los leales á su patria y á la ley; más los denuestos y las carcajadas de los serenos defensores de la ciudad, apagaban ese nombre que suena con el prestigio de la maldición universal.

El primero de los que avanzaban por la calle de "Bernardo Valdivieso" era el coronel Barahona: su denuedo era indisputable; pero no sabía ser jefe; no era su puesto la vanguardia ni su deber hacer fuego como un soldado. A 120 metros de la plaza una bala le atravesó la cabeza; detrás de él cayó otro herido en el pecho, y fué á tierra un tercero destrozado de ambos pies. Como que las balas quisieran castigar el juicio pervertido, la protervia del corazón y el paso inicuo de acometer á la Patria. La guerrilla retrocedió y fué entonces herido levemente el Dr. Abelardo Aguirre, como uno de los montoneros. A Eudoro Alvarado, á José Illescas, al mancebo Vicente Ledesma, al colombiano Villena y á un soldado les pertenece la gloria de haber rechazado el brusco ataque de Barahona y su guerrilla cinco veces mayor que el grupo atacado.

Alvarado acudió á otra esquina para sostenerla contra los fuegos que se hacían de la calle de Bolívar. Detenido á una cuadra el enemigo, se sostenía allí tras una trinchera natural. Alvarado para estimular á los suyos, salió á media calle y desde allí desafiaba á los montoneros para que saliesen al frente, y así arrojaba balas como las recibía. Hubo un instante en que cayó, acto que fué celebrado con gritos de júbilo por los invasores. Según él, un presentimiento le hizo adoptar esa medida salvadora; pasó el proyectil y se levantó ileso, obligando á que exclamara el enemigo: "Los lojanos no mueren ni á bala."

Se había batallado dos horas y media, cuando Alvarado se apercibió de que el enemigo había penetrado en una casa desde cuyos altos sostenía á la guerrilla que luchaba vanamente por desalojar la esquina defendida por Illescas. Temió que de esa casa pasaran los montoneros á ocupar el colegio Seminario, con lo cual todo sería perdido; y, para impedirlo, corrió á tomar la reserva que el jefe Sr. Carrión había dejado en el cuartel; pero, como el Sr. Tadeo Samaniego acudiera por la misma reserva, para impedir que el enemigo circulara la plaza, Alvarado sacrificó lo hipotético á la urgencia real, y el Sr. Samaniego marchó con la reserva.

Habían quedado en la plaza no más de 15 hombres, incluso el jefe que á caballo recorría las guerrillas de la plaza. Se ignoraba la suerte de los grupos que habían salido de ella. El tiempo se perdía lastimosamente por los malos rifles que, á pocos disparos, quedaban inútiles, teniendo los valientes que ir á cambiarlos en el parque. La munición, siendo de variados sistemas, causó también graves embarazos. Combatir venciendo pacientemente tantas dificultades, es singular heroísmo.

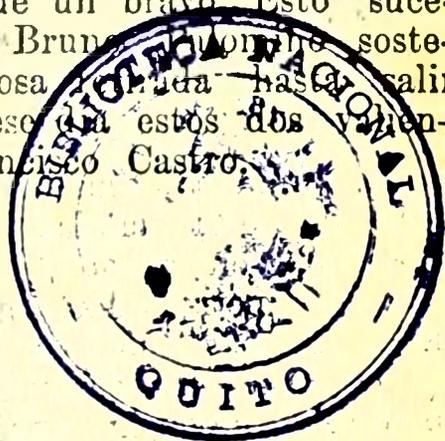
Los fuegos habían disminuido en intensidad. Se conocía que desmayaba el vigor de la montonera, y los nuestros, en el primer ensayo de la guerra, parecían ya consumados veteranos: no se quemaba un cartucho sin motivo. Había la indecisión sobre el éxito, indecisión que domina á entrambos contendientes cuando después de rudo batallar cada cual reconoce que le falta fundamento para confiar en la victoria. Sensiblemente iban retirándose algunos grupos enemigos, y Alvarado prorrumpió ya en un "¡Bianfamos!" cuando repentinamente una cascada de proyectiles se descargó de las numerosas ventanas del Seminario, edificio que da á la plaza. El efecto fué terrible: la sorpresa y las bajas que nos causaron, obligaron á nuestros bravos á replegarse al cuartel, siendo ya insostenibles las esquinas de la plaza. Fué entonces cuando el

Sr. Manuel Clemente Romero, joven de Zaruma, que se hallaba de paseo en esta ciudad y que acudió de los primeros á su defensa, con la desesperación de los bravos, se colocó bajo las ventanas ocupadas por los enemigos para ver de fusilarlos, y como sus disparos no fueran eficaces, corrió á romper las puertas del Seminario para cargar él solo á la montonera. Pero la plaza era invadida ya, el cuartel expuesto á cinco fuegos y fué abandonado; no le había quedado á Romero ni lugar para la retirada; se eclipsó un instante, y luego se vió llevando en sus brazos á los heridos, en compañía de los lazaristas. Denuedo admirable y rasmosa velocidad en los movimientos, fueron las dotes con que se hizo admirar nuestro simpático huésped.

Eran las 8 y 25 a. m. cuando la montonera holló nuestra plaza que infamada quedara si, por premio al heroísmo de sus mal afortunados defensores, no la hubiera destinado la Providencia para segura cárcel de esos sangrientos trastornadores sociales que venían arrastrados por un secreto impulso á sufrir la expiación que sigue perdurablemente al crimen, y, en impensado día, le cruza y le detiene en su camino.

Supondrá cualquiera que el enemigo hizo prisioneros: si los hizo, y fué uno el prisionero, el jefe de la jornada, el Sr. Daniel Carrión, quién antes que una bala le alcance por las espaldas prefirió quedarse de centinela en la puerta de su cuartel en donde se rindió con toda la arrogancia de un bravo. Esto sucedía mientras el Sr. Tadeo Samaniego y Bruno no se sostenían aun los fuegos en su lenta y valerosa retirada hasta salir de la ciudad. Gran ejemplo dieron en esos días estos dos valientes; como lo dió también el joven Francisco Castro.

IX



NEGOSE la victoria á cubrir con sus alas campo de los buenos, Dios lo quiso así! Mas no ingrata y ciega fué á posarse en las armas parricidas. La derrota no es cargo, no es motivo de vergüenza para el bando que se hizo digno de fama en el combate. Pequeños grupos que en su ardimiento trataron de acometer solos al grueso de las columnas enemigas, que arremetieron con ellas, que las detuvieron y destrozaron; si careciendo de munición ó inutilizada el arma hubieron de dispersarse; esos grupos cobraron fama; esos grupos no han sido derrotados. El com-

bate propiamente se sostuvo por los 15 denodados defensores de la plaza. Sobre ellos triunfó el enemigo; mas no es justo decir *triunfo*. . . . Un puñado de inexpertos que en esa ocasión aprendieron á cargar un rifle, adolescentes de colegio como Manuel Astudillo y César Bermeo, jóvenes de oficina, estos eran los que formaban buena parte de nuestro *ejército*, ¿Qué victoria puede ser la de la toma de una ciudad sin hacer más que un prisionero que se entrega por honor? Y puede ceñirse laureles el que ocupa un campo despejado merced á la doblez y á la traición? El provecho no es la victoria. La traición extiende una como tiniebla que infama el éxito de toda acción en que tercia tan inicua y sórdida bruja. El Senado de Roma negó á Cepión los honores del triunfo sobre Viriato.

Hemos dicho que los montoneros habían empezado á derrotarse cuando la traición les hizo dueños del Seminario. Jacinto Nevares en el parte que dió á Cavero y que impreso ha circulado ya en toda la república, hace conocer que nada podían ya sus fuerzas, si bien palía el verdadero estado de derrota en que se encontraban, con el embuste de que resolvían una carga brusca y decisiva *cuando se les indicó que escalando ciertas paredes podrían apoderarse del Seminario; que ocupado éste se nos hizo el daño que se pudo, y que entonces se facilitó el avance de las guerrillas que luchaban vanamente por desalojar á nuestros valientes*. Que se inició la derrota es un hecho evidente en esta ciudad. Para los que lo tengan por inverosímil, le haremos saber que en una habitación se encontró el cadáver de un montonero que se había refugiado en ella asegurando por dentro la puerta. Varios de nuestros jóvenes que cayeron prisioneros antes del combate, pudieron escaparse corriendo con los mismos que los custodiaban. Algunos cadáveres de los montoneros fueron hallados, muchos días después del combate, en las malezas de fuera de esta ciudad. Heridos, avanzaron hasta el primer escondite, en donde, con el silencio del temor, espiraron como un perro. Las aves sepultureras de las bestias denunciaron la existencia de aquellas miserables prendas de la muerte.

Ya que hemos citado el parte de Nevares, es de nuestro deber advertir que en lo que se refiere á las bajas nuestras, y en todo aquello que narra como una gloria para la montonera, es imaginario y hasta irrisorio. Refiere habernos hecho 30 bajas, entre ellas, las de jefes de alta graduación. Así conviene explicarse á quienes no llevan sino ilusiones por programa y desengaños harto dolorosos por consecuencias. Repetimos que en la plaza de Loja no ha tenido

mas jefe que el Sr. Daniel Carrión, sin grado militar; oficiales, el Sr. Eudoro Alvarado, si bien de los valientes voluntarios vencedores en el 9 de Julio de 1883, sin otro grado que el de capitán de milicias, no en servicio; Illescas, oficial de milicias, el alférez Cobos, y el alférez Ignacio Alvarado, que tampoco estaba en servicio. Como estos jefes de alta graduación son las trincheras, las emboscadas y la juventud lojana, *ardiente partidaria* de los invasores.

X

PASADA una batalla se dan la piedad ó el deber á recorrer el escenario de la desolación. ¡Qué panorama aquel! Cuerpos destrozados, gemidos de moribundos, regueros de sangre, plegarias, imprecaciones!.... Dichoso el país, en que jamás se viera tan pavorosa decoración!

Los montoneros recojían sus muertos. Barahona, Ollague, Zapata;..... mas no deben ir á la historia nombres que solo deben recojer los procesos de los jueces. Los montoneros preguntábase el número de sus bajas, y las contestaciones se daban al oido. Clandestinas sepultaciones hechas para que la pérdida pareciese ordinaria, no bastaron para velar la horrible carnicería. Entre 25 y 30 flota el número de esas bajas, de las cuales muy pequeña es la cifra de los heridos. Una carta de Rafael Palacios, jefe entre los invasores, dice que los combatientes fueron, por todos, 140, y que el total de bajas no disminuye de 40. Dedúzcase de este número el de 6 bajas nuestras únicas que el enemigo conoció; compárese la diferencia con el número de los invasores y se conocerá el estrago que sufrieron.

Este fué el costo de la posesión de Loja. ¿Cuáles eran nuestras pérdidas? Cuán doloroso es levantar el sudario de nuestros muertos! Pero cumpliremos nuestro deber.

Miguel Machuca, con un grupo pequeño de compañeros se había adelantado á recibir al enemigo. Machuca no fué nunca militar, ni aceptó jamás empleos: era laborioso y honrado y odiaba la montonera con toda su alma. En el combate de Celica prestó importantes servicios, y pedía que como á buen ciudadano no se le olvide cada vez que los perturbadores del orden social hiciesen necesario un hombre más. Este valeroso azuayo se quemaba en el fuego del entusiasmo intenso y sostenido que distingue al hijo de la noble Cuenca; pero no tuvo una

inspiración que supliera su falta absoluta de conocimientos tácticos, y se situó en la calle de Colón, expuesto á dos fuegos y sin posibilidad de ser protegido. Aun más: dividió su grupo, ocupando él, con un compañero, un zaguán, y situando á los otros en otro zaguán de enfrente. De tan malas posiciones se sostenían los fuegos contra la próxima esquina, á 30 metros de distancia. Nuestro grupo no sufrió baja ninguna y ya había hecho notable daño al enemigo, cuando se le agotó á Machuca la munición y se inutilizó el rifle de su compañero. No tenían bayonetas, y abandonaron el campo. Los demás de nuestro grupo, probablemente por idénticas razones, abandonaron también su puesto. Entonces los enemigos se lanzaron al degüello. Rompieron unas tiendas en las que hallaron nada más que mujeres y niños, á quienes acometieron como hienas. Dios quiso salvar á los inocentes y no perecieron todos, quedando solamente heridos esos niños y esas mujeres.

Después de semejante atrocidad entraron á las casas. En una se encontró un muchacho; Cavero le mandó destrozar á machetazos; y no se crea que los victimarios podían sospechar que esa víctima hubiera sido un combatiente. En otra casa fueron hallados Machuca y su compañero, Ricardo Jaramillo, joven de 18 años. No valió que se declarasen rendidos, por que no se querían prisioneros sino cadáveres. Patricio(*) estaba allí, y exacerbaba el furor de su horda con sarcasmos alusivos á la intervención de Machuca en el combate de Celica. Se le inculpaba y se le hería ya con bala ya con sable, con una crueldad felina, lentamente. A Jaramillo se le hirió primeramente con un balazo: imploraba él, pero con dignidad, los fueros del que se rinde. “Grita: Viva Alfaro,” le dijo uno de aquellos sayones. Como humillado debió sentirse Jaramillo ante tal intimación. Aclamar, en unión de una gavilla de asesinos, el nombre del enemigo de su patria! “Viva Dios!” exclamó con voz firme. Bien comprendieron los sicarios de Alfaro que la aclamación de Jaramillo significaba un antagonismo absoluto entre el nombre de Dios y el del jefe cuyo nombre simboliza todos los crímenes, y castigándole con nueva herida le repitieron la misma intimación, y Jaramillo repitió con igual entereza “Viva Dios!” Insistían los verdugos, y la inquebrantable firmeza de la víctima no desmayó; y cuando ella perdía con su sangre la sonoridad de su voz, diéronse á machacarlo como á uva en el lagar.... El heroico mancebo fué reducido á una maza informe y sangrienta en la cual, media hora después, no pudo la madre reconocerle.

* Este bandolero es generalmente conocido por su nombre más bien que por su apellido.

En el aposento que sirvió de teatro á estas nefarias escenas se iba á consumir otro crimen. Una niña de 8 años estaba para ser degollada. Asida por los cabellos, tendido el cuello para recibir el golpe fatal, iba ya el alfanje á dividirlo cuando el ángel del monte Moria acudió allí. Los ruegos de la madre bañada en lágrimas y sangre, (había sido también acuchillada) que pedía ser sacrificada en vez de su hija, impresionaron al fin, á un desconocido de entre los asesinos, y la niña se salvó. Los de la turba impía, antes de abandonar aquella alcoba de horror, *se lavaron*, según la expresión de los testigos de este hecho, *se lavaron las manos* en la sangre de Ricardo Jaramillo, exclamando: "Tenemos hambre de sangre!" Y ese mártir aun tenía vida y conocimiento: se le dejaron para que en nombre de Alfaro padeciese la suma de dolores de que es capaz la humanidad.

Decir que en la casa en que se ejecutaron esas acciones inextinguibles, se cometieron otros crímenes, si bien de menor importancia, es superfluo. Cuando los asesinos salieron, piadosas mujeres entraron á la alcoba del sacrificio. Machuca estaba ardiendo en llamas, y fué menester apagar el incendio. En ese cadáver que había principiado á carbonizarse, se contaron 16 heridas.....

Llevemos los ojos á otra parte.

En la plaza escapó de la muerte el Sr. Carrión, *porque convenía tomar prisionero al jefe*. A los dos heridos que quedaron allí Cavero los mandó matar gritando con estentorea voz: "Maten á todos, aunque sea á Jesucristo!" La orden se ejecutó en el uno y de una manera salvaje.

XI

CUATRO muertos, y nueve heridos fueron nuestras bajas, que el enemigo ha procurado hacer aparecer enormes. Es de advertir que de los heridos ninguno ha tenido un término fatal. Hay que agregar dos víctimas: la una, una señora cuya muerte se atribuye por unos á la casualidad, y por otros al instinto feroz del invasor; la otra fué el Dr. C. Federico Eguiguren. Era este caballero de singulares prendas. De estirpe distinguida, realzó mediante el ejercicio de esclarecidas virtudes, la alta posición en que naciera. No ejerció su profesión, la abogacía, por evitar obstáculos á la quietud de su espíritu, y negóse á aceptar los más honrosos cargos públicos de su provincia, con el ahinco con que los buenos prefieren obedecer á empuñar el pesado bastón de las magistraturas: no que no fuesen sobrados su discreción y espíritu de justicia, su

ilustración y su amor al país; más en los tiempos que alcanzamos son estos merecimientos anticuadas joyas que la demagogia escarnece; y el Dr. Eguiguren quería esconder en su hogar doméstico esas virtudes antiguas que ya pasan por un anacronismo ante los ojos de aquellos á quienes no embelesan sinó los falsos fulgores morales. Sobresaliente entre los mejores, el Dr. Eguiguren era á propósito para sacrificio expiatorio. Los que creemos en la necesidad y valor de las víctimas para la remisión de humanas deudas, no tememos desacertar al suponer la predestinación de ésta para ser inmolada á la salud común. No pensamos de esta manera dominados por ideas de superstición, sinó imbuidos del espíritu cristiano que induce á buscar en la voluntad Suprema la explicación posible de varios acontecimientos que el escepticismo atribuye á la yerta *fatalidad*. Una muchedumbre de circunstancias constriñó al Dr. Eguiguren á aceptar el asilo que con instancia le había ofrecido el dueño de una casa que según el que hacía el ofrecimiento, sería la única respetada en el cataclismo por el que Loja debía pasar. En esa casa, una bala expresamente dirigida le buscó, le halló, le mató..... Conoce el público esa casa y conoce al asesino cuya execrable impavidez le condujo á dar él mismo la estupenda noticia á un huérfano de la ilustre víctima.

Noticias hay de otras atrocidades que dejamos relegadas á los recuerdos populares, como dejamos al fuero judicial los episodios acaecidos por el buen ejemplo de la montonera. Declararse montonero era imponerse como señor de vidas y haciendas, y se asesinaba á un hombre por sólo que se negaba á levantar del suelo el sombrero caído de uno de esos califas. Con mucha razón un caballero noble de Cuenca escribía á un amigo de esta ciudad: "Me resignara más fácilmente con saber que Loja ha sufrido una inundación ó un terremoto, antes que el que Caveró la haya ocupado."

XII

DUEÑOS de la ciudad los invasores no hallaron en torno suyo sinó el vacío: calles desiertas, casas silenciosas, desocupadas las cajas fiscales y del municipio. (*) La miseria apremiaba. Terrible desengaño! Habíase escrito á los expedicionarios que es-

* El papel sellado y los libros que había de venta en la tesorería fueron despilfarrados.

tábamos como ánima en pena esperando de ellos la redención: amigos numerosos, simpatía universal, ingentes caudales, armas, soldados, nada faltaría en el acto en que el *Delegado del gobierno provisional* se presente á decirnos: “Estoy aquí!” Qué ilusión! qué realidad! Ocultos los amigos, atisbaban esperando como los chacales la hora de la última diana para lanzarse desde el cuoil al campo que ofrece presas que devorar. Vargas Torres manifestó su candidez cuando explicó á Alfaro la sorpresa que tuvo al ser recibido á balazos.

La expedición había resuelto saquear la ciudad, cuando los sucesos cambiaron la faz de la situación, tornándola muy próspera para el enemigo que no conoció que cada incidente, para él feliz, era una red que invisible mano le tendía. Tomó Vargas una carta del Coronel Vega que pintaba el estado de la fuerza de Celica de un modo harto desconsolador para nosotros; con lo cual creyó el *Delegado* que nadie le inquietaría en la posesión por él adquirida; si bien le tenía receloso la actitud del pueblo y la creencia de que los ciudadanos se habían retirado armados.

El joven Manuel Benigno Carrión vino á llenar las bajas de sus amigos con un cuerpo de colombianos y gente reclutada por la fuerza. Algunos de aquellos que como el cieno sobresalen con un turbión, se presentaron voluntarios. Por fin, descorriéronse los cerrojos de la cárcel y los presidarios adquirieron en la expedición alfariata una posición oficial. Era lógico!... Oh! la empresa iba próspera. El 4 de Diciembre Vargas Torres escribía á Alfaro: “El enemigo aterrado parece que se retira á Santa Rosa.... Hoy ya hemos aumentado considerablemente la División y pronto abriré operaciones sobre el Azuay..... Me ocupo actualmente de reconstituir la provincia bajo el sistema liberal y sigo aumentando mis fuerzas.” Rafael Palacios escribía en la misma fecha: “Las fuerzas de Celica han quedado reducidas casi á nada por el disgusto, y la desertión en la tropa es general, mientras que nosotros nos organizamos rápidamente.”

Procuraban olvidarse estas especies, y aun que el retardo de la fuerza de Celica parecía confirmarlas, ninguna familia volvió á la ciudad. El saqueo desde luego era ya incompatible con las brillantes esperanzas concebidas por Vargas. Cavero y Patricio rugían como tigres en jaula, pero el *Delegado* debía oír los consejos siquiera de una prudencia vulgar, y la tropa se contentaba con esperar el cumplimiento de las promesas con que se había caucionado el enganche, y con pecear con alguna medida. Solamente el piquete que condujo Carlos Jaramillo á Valladolid se puso, en esta comisión, á la altura de la fama de los montoneros.

La *reconstitución* de la provincia bajo el sistema liberal se re-

dujo á ofrecer la Gobernación de ella á varios, y cuando fué rechazada, tres novatos, los dos en jurisprudencia y el tercero en trabajos agrícolas, se turnaron en la primera magistratura. El segundo de ellos fué rebajado á Secretario del tercero, que carecía en lo absoluto de conocimientos teóricos y prácticos. La falta de testigos nos ha privado de las noticias históricas de estos gobiernos, y por los documentos de esos cinco días, solamente sabemos que aquellos fetos de la *reconstitución liberal* decretaron la vuelta de las familias á sus domicilios, so pena de ser tenidas por enemigas; la apertura de las puertas de casas y tiendas, y, á última hora, la entrega de armas. Excusado es decir que los bandos no tuvieron auditorio.

Vargas, por su parte, nombró un *jefe civil y militar* para un cantón, con facultades omnímodas, y no pudo reunir la asamblea insurreccional hasta el día cuarto de la ocupación de la plaza. El ACTA se firmó por siete ó nueve que supieron firmar. Se impusieron contribuciones, pequeñas las más, y como no había á quienes cobrarlas, no se recaudaron más de S. 800, pero sin conferir bonos, que quizá se destinaban para las gruesas sumas que se esperaba recaudar después.

He aquí la *reconstitución de la provincia según el sistema liberal*. Por lo demás, como programa sin duda, circuló un folleto firmado por Vargas T. Este folleto, como todos los actos del invasor, fué muy perjudicial. Por sí mismo, aquel opúsculo habría pasado desapercibido en otras circunstancias; pero en las de que nos ocupamos, llamó la atención. Escandaloso para los católicos, para los eruditos vulgares y necio, y para todos vano, ha causado la obra la mayor aversión para el partido que la produjo. Derecho de insurrección; acatamiento á la República por su sumisión al *Dios del Vaticano*; prosperidad con la libertad de cultos, de enseñanza, y otras libertades de ese linaje; reformas religiosas ya que no son posibles las sociales: todo esto hemos leído en el folleto de Vargas; esto es, guerra de todos contra todos; toda libertad para que no exista ninguna; todo derecho para que sólo lo tenga el más fuerte. Esto venía á decirnos el anti-altamontano de los montes de Esmeraldas....

La secta liberal no contaba con un sólo hombre capaz de medirse con la situación. La expedición intentó calcar la de 1882 y la copia salió como debía salir, un absurdo en acción, una ridiculez. Fué tanta la ineptitud del bando invasor, que en tres días no pudo despachar un posta á su *Gobierno provisional*; por manera que el Cozumel(*) manavita no gozó de los sacrificios hechos en sus aras.

* Terrible deidad del antiguo Méjico: en sus altares solamente se ofrecían víctimas humanas elegidas en todo el reino. Al ver el escalafón de prisioneros no hemos podido rechazar esta metáfora.

XIII

VOLVAMOS ahora la vista hacia Celica.

El Coronel Vega supo que la montonera había pasado á este lado de Celica; pero, como tenía por absurda hipótesis que cuatro *coroneles* se propusieran, con 100 hombres, penetrar á una plaza tan interior como Loja, supuso que aquel movimiento era un ardid para que se evacuara la de Celica, fuerte por las trincheras del Sr. Vergara. Cuando se convenció de la realidad, el enemigo llegó aquí; pues toda su tropa estaba montada y andaba 18 horas diarias.

El 6 de Diciembre llegó nuestra fuerza á Catamayo, muy maltratada, pero con buena voluntad. La obsequiosidad del Sr. Pío Borrero, que fué á recibir la tropa en aquel valle, los voluntarios que pedían un puesto en las filas, las noticias que la población enviaba: todo esto estimulaba á la tropa, que después de breves horas de descanso se puso en marcha hasta hacer alto á una legua de esta ciudad.

Los dueños de Loja estaban resueltos á sostenerse, y esperaban vencer? Solamente los tres *coroneles* tenían listos los caballos para el escape; respecto á la tropa, ninguna disposición se tomó para una retirada. Prueba es esta de la confianza en el triunfo, pero también denota la ineptitud de los jefes. La plaza estaba guardada por ocho trincheras de piedras de cantera y maderas labradas, y eran como aposentos, pudiendo darse fuego, en cada una, por tres costados. Las torres de la ciudad y todas las casas útiles para al combate estaban ocupadas por el enemigo. Bien pudo éste ocupar la colina occidental que corre paralelamente á la población y es casi inaccesible por el Ocaso: si así hubiera obrado Vargas, otra suerte habría corrido; pero esa colina quedaba para los defensores del orden.

Con la aproximación de nuestra fuerza se hacía patente el entusiasmo de los lojanos, sin distinción de clases, edades ó sexos. Era aquello como una fiesta. Recordamos de una mujer que se acercó á un jefe y, con encantadora sencillez, presentó á su mando y á su hermano, solicitando, por favor, un puesto para ellos entre las filas. De todos lados acudían á pedir armas ó mandaban á saber si las había para tomarlas; pero no hubo sino pocas.

Hemos citado á una mujer, pues consagremos un recuerdo y una expresión de gratitud al hermoso sexo que ha manifestado sentimientos patrióticos no inferiores á los de las espartanas. Eudoro Alvarado pidió á su madre en la noche del 1.º de

Diciembre su venia para ir á tomar un rifle. “Hijo mío, le contestó esta ejemplar matrona, la patria te llama, anda y no vaciles ni demores: llevas mis bendiciones; mientras tú combatas yo estaré pidiendo al cielo piedad para todos nosotros.” Coloquio análogo pasaba entre el joven Manuel M. Carrión y la respetable matrona su madre, cuando enviaba al combate del 7 á su hermano y á su hijo único. Y no son estos los únicos ejemplos de esta especie. Cómo no han de ser valientes los pueblos en donde hay tales madres!

XIV

HABIA llegado la hora de acometer al atrincherado enemigo. La batalla no iba á significar una ordinaria acción de armas en que después de sufrir un recíproco daño, se retiraran los combatientes para volver muy luego á la marcial labor. La fuerza constitucional trataba de recobrar una provincia importante, de asegurar el interior de la República y de borrar el alfarismo en la región interandina, barriendo la expedición acaudillada por el primero de los tenientes de Alvaro. Vargas T. á su vez, se prometía de su victoria, la unión de sus amigos de esta provincia, que esperaban el signo de la buena ventura; un considerable refuerzo de los emigrados que quedaban en el Perú; armas y dinero; prestigio fascinador, y por fin una fuerte división con que avanzar sobre Cuenca mal guarnecida; y así, de victoria en victoria, llegar á la Capital de la República. Así lo anunciaba en su proclama al *ejército del Sur*, y escribía á Alvaro: “No sé en dónde se encuentra U.; lo supongo va en campaña y espero que muy luego nos daremos un abrazo en las orillas del Guayas.”

Cuántas esperanzas se habían confiado al arbitraje de Marte! 128 hombres iban á sostenerlas en nombre del orden: otros tantos las defendían en nombre del perpetuo antinoda de la paz. Estos tienen mejores armas; el descanso, el alimento y el sueño los han fortalecido; combatirán tranquilamente, desde sus reductos, contra quienes están en situación contraria. No hay duda; los leales á la ley van á ser impunemente fusilados. Pero el ángel de las naciones está allí. Ese Guardián á quien no divisa sino el ojo de la fe y con quien se encuentra á cada paso la historia concienzuda y reposada: el ángel de la Restauración que abrió paso al bien por entre muros de bayonetas, y en las cumbres del Santa Ana cerró la era de

los perversos: El estaba allí!

La lid va á comenzar. Tomemos esta historia de un documento auténtico, del parte del Sr. Coronel Jefe de Operaciones.

“Dispuesta la manera como debían desfilarse la Columna “Piedrahita,” la Columna “Azuay” y el piquete denominado Escuadrón “Vencedores”, continué acercándome á la ciudad. Ya no faltaba sino muy corta distancia para avistarme con el enemigo, cuando fuí testigo de un entusiasmo extraordinario: campesinos jóvenes salían de sus chozas, y alegres bajaban al camino, andando á la rebatiña por armas para la pelea. Es preciso, Señor Coronel Comandante General, presenciar un cuadro como el que ofrecían los valientes de las cercanías de esta ciudad, para tener idea de él y apreciarlo como se debe.

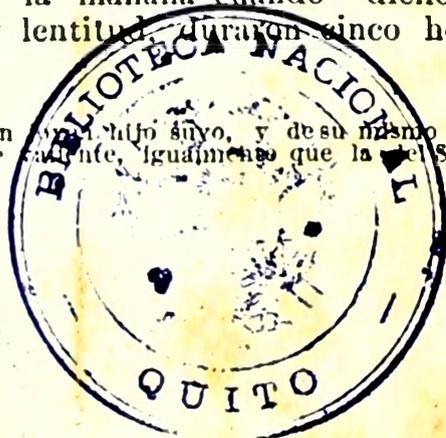
A desgracia tuve el no contar con armas suficientes para los voluntarios. Pocos fueron armados, y sin embargo continuaron los demás entre mis soldados que avanzaban al son de los vítores al Gobierno.

Señaladas las posiciones que debían ocupar en la ciudad, el Sr. Teniente Coronel D. Mariano Hidalgo, el de igual grado D. Antonio Vergara y el Sargento Mayor D. Mariano Vidal, cada uno de ellos marchó á ocuparlas, con su fuerza respectiva.

Preciso era colocarme en alguna eminencia que distase lo menos posible de la ciudad, para observar los movimientos del enemigo y contrarrestarlos con los de mi tropa, distribuida oportunamente. En efecto, me situé en una colina que dista de doscientos á trescientos metros de la Plaza mayor, que era la fortificada y defendida por los revolucionarios. En esta colina se encontraban, por mi orden, el Sr. Coronel D. J. Martínez Pallares, Comandante de Armas, y mi Secretario Sr. Teniente Coronel Graduado D. Manuel Mosquera. El primero de estos Jefes se ocupó, sereno como siempre, á pecho descubierto, en atender todos los pasos que daban nuestros soldados en las calles, á fin de pedirme nuevas órdenes en caso de ser necesarias; y el Comandante Mosquera, entusiasta como de costumbre, se ocupó en disparar su rifle, formando parte de una guerrilla de ocho individuos, que la coloqué en la misma colina, á fin de multiplicar los fuegos contra las torres en que estaban parapetados los enemigos, y para obligarlos á distraer su atención y agotar sus esfuerzos. Fué demasiado nutrido el fuego que dió esta guerrilla descubierta y valerosa, á las torres de S. Francisco, la Catedral y Santo Domingo, y el que recibió de todas ellas. A esta guerrilla se adjuntaron los jóvenes voluntarios y valientes, Manuel María Carrión, Roberto Burneo y el Dr. D. Darío Palacios, Secretario de la Gobernación, así como el respetable y animoso Sr. D. Pío Borrero.* El Capitán Teófilo Arcos, 2.º Ayudante de la Jefatura de Operaciones, murió junto á una de las trincheras enemigas, después de haber manifestado un valor extraordinario.

Simultáneos fueron los de la guerrilla mencionada y los de la tropa que en el centro de la ciudad, se hallaba en posesión de sus puestos respectivos. Eran las nueve y media de la mañana cuando dichos fuegos principiaron y sosteniéndose con tino y lentitud, duraron cinco horas completas.

* Este caballero no entró en combate sino un día de su vida, y de su mismo nombre. Había necesidad de moderar la impetuosidad de este valiente, igualmente que la del Sr. Burneo.



Es menester asegurar á US. que me sentí orgulloso al ver que contaba con Jefes, Oficiales y soldados tan decididos por la causa del Gobierno constitucional: El Sor. Teniente Coronel D. Mariano Hidalgo Egüez, el Comandante D. Antonio Vergara y el Sargento Mayor D. Mariano Vidal, á cual más versados y más valientes, ocuparon las posiciones que se les había señalado, y dirigieron á su soldados con tanta serenidad, acierto y orden, que se consiguió triunfar del enemigo, del modo más brillante que puede imaginarse.”

.....
“A juzgar por los partes y á primera vista, es de suponer que la acción de armas del siete, no tiene grande importancia militar ni política: no mueren en ella sinó tres de los nuestros, y quedan heridos nueve, de los enemigos, no perecen más de ocho, y los heridos no son sinó doce. Pero la realidad es distinta: ya sea por auxilio especial de la Providencia, ya por las acertadas disposiciones superiores, ello es cierto que, sin muchas víctimas, el triunfo del Gobierno ha sido espléndido: sus fuerzas se han posesionado de esta Plaza y han tomado ochenta prisioneros, contándose entre ellos los Sres. Luis Vargas Torres, Pedro José Caveró, Filomeno Pesántez, Jacinto Nevárez y todos los demás Jefes y oficiales de la expedición revolucionaria del Sur.

Terminaré Sor. Coronel Comandante General, asegurando á US. que me es sensible no tener un parte detallado y fidedigno del combate del dos del presente, al que pertenecieron muchos jóvenes de esta ciudad y varios individuos del pueblo. A lo que yo creo, la resistencia fué heroica: contados defensores del Gobierno sostuvieron espontáneamente tres horas de fuego, y burlaron la esperanza que tenían los enemigos de entrar á esta población sin dificultad ni obstáculo de ninguna clase, imaginando que los pocos soldados del Gobierno habían de abandonarla sin hacer un solo disparo.

Vuelvo á decirlo, la resistencia de los voluntarios de Loja ha sido demasiado brillante. Ellos sin jefe alguno que los dirigiese, han causado á los invasores pérdidas muy notables; pues murieron en aquel día muchos de los expedicionarios, y fueron heridos otros tantos.—Dios guarde á US.
= Antonio Vega M.”

Cada cuerpo se distinguió en el combate: el del Sargento Mayor Vidal formando una como trinchera bajo dos fuegos; el del Comandante Vergara, batiendo las trincheras, tomando la torre de San Francisco y la de la Catedral; el del Comandante Hidalgo, decidiendo, con su ímpetu, la suerte del combate. El Comandante Vergara estuvo personalmente en la toma de las torres. A la de la Catedral concurrió un grupo de la “Columna Azuay,” que por su parte había tomado la torre de Santo Domingo. En extremo peligroso fué el ataque en la Catedral, en el cual la prudencia del Comandante Vergara nos evitó notable daño. Un enemigo precipitado, desde unas como almenas de un muro obró la rendición de sus compañeros.

Grande fué la importancia de la toma de la torre de la cate-

dral: ella facilitó el avance del Comandante Hidalgo que en la manzana Occidental de la plaza, de huerto en huerto y de patio en patio, iba desalojando al enemigo tras del cual se lanzó al centro de su campo de operaciones en medio de las balas que le llovían como de un arco de círculo á su centro. Fué este un rasgo de singular coraje. La presencia de un grupo temerario que se disparaba por la mitad de la plaza al cuartel enemigo, produjo el pánico de la derrota. El brío fascina. El enemigo no se dió cuenta de que no eran más que 8 los bravos que le aterrabán, dos de los cuales perecieron en la acometida, quedando gravemente heridos otros dos.

Bien debía llamarse "Vencedores" el cuerpo que tenía tal jefe y tales soldados. En el grupo estaban el D^ñ. E. Moisés Costa, cirujano de primera clase (no llamado á combatir, pero que nada le preocupaba que no fuese el recobro de su ciudad,) el alférez Lizardo Larrea y Lucas Riofrío, voluntario que, en la víspera pidió en Catamayo un rifle para venir, vencer y volverse á su valle. Este bravo, de quien el parte de su jefe dice: que *hizo prodigios de valor en lo más reñido de la pelea, alentando y entusiasmado con su ejemplo*, no reparó en su grave herida hasta que su jefe tremolando el pabellón tomado al enemigo, declaró que era nuestra la victoria.

Los últimos disparos fueron dirigidos á la colina por los cobardes que con el recelo del asesino se destinaron, desde un escondite, á procurar una baja que hiciera hartó costosa nuestra victoria.

XV

APAGADOS los fuegos fué tarea de los niños sacar de sus escondites á los vencidos. La inocencia no transijió, no tuvo piedad de los cuitados que, con excepción de algunos de los que se agregaron aquí, cayeron todos en poder del vencedor.

Si se nos preguntara el motivo de la derrota, no podríamos explicarlo, porque es un hecho que no se deriva de sus naturales antecedentes. Vargas la atribuyó al pánico que cundió súbita é impensadamente. ¿Y cuál fué la causa del pánico? No el número de los nuestros, pues era igual al de los enemigos; no el cansancio, no la ventaja de nuestras armas, ni las pérdidas. Pudo la montonera rehuir el combate ó elegir otro campo de batalla, pudo resistir el sitio por algunos días, y aun retirarse, por que el mal-

trato de nuestros soldados aseguraba su fuga: pero cuando el sol estaba aun lejos del Ocaso, se desbanda y oculta para padecer pocos instantes de horrible ansiedad, durante los cuales apenas fueron capaces de otra diligencia que la de destruir sus papeles.

Pero venimos usando del vocablo *montonera*, término con que en toda la República se denomina á estos insurgentes. Menester es que hagamos constar ser esa voz adecuada.

Esta provincia fué invadida por un grupo de hombres á quienes el sentido común niega el derecho de ser jueces del Gobierno y representantes de la soberanía nacional. Un arriero, un carpintero, un mozo de servicio en la marina: estos se llamaron *Coroneles*. Desertores de los cuarteles, prófugos de las cárceles, salteadores de caminos, ya ecuatorianos ya de otras nacionalidades: esa era la tropa. ¿Qué idea política podía esperarse en gente á la que faltan los conocimientos más rudimentarios en las ciencias de gobernar, y aun toda instrucción á propósito para enderezar el entendimiento ó corregir el corazón? Los móviles de esta gente, en los jefes, no eran otros que rencillas de aldea; su propensión fundamental, vengarse de un teniente de parroquia. El programa se resumía en su lema "Viva Alfaro!" Símbolo de un misterio para quienes no alcanzaban á comprender otra cosa que Alfaro era un general que debería ser presidente de la República.

La crueldad era un atributo de aquella ralea. Los tormentos á que sometieron al Sr. J. M. Ramírez, rico propietario, hacen estremecer. Vivían en las selvas la vida de las fieras; y su miseria llegaba á tal punto que hubo ocasión en que devoraron la piel de una res por ellos mismos abandonada en un tiempo anterior. El pillaje, ese fué siempre su derecho, notándose una tendencia al comunismo; pues atraían á la gente pobre y mal intencionada para hacerla partícipe en algunas presas, incitándola contra el propietario.

Vargas era hombre de convicciones y tenía su ideal político. Sus ideas extraviadas y sus aventuras militares nos hacen ver en él un fanático del radicalismo, obrando á impulso de una monomanía que la ciencia aun no clasifica, pero que para nosotros apenas es dudosa. Esta figura, sin crédito social, asociada al bandidero de antiguo nombre, al traidor en Gindo, al inolvidable saqueador de Riobamba, á Caveró, hombre que como la lava marcó su paso con huellas de desolación; esta figura, Vargas, no podía cambiar el sér de la montonera, por acaudillarla en los últimos días. El primer jefe no podía borrar los instintos de la montonera si, azuzados esos instintos, se la había conducido. No queremos aducir en prueba las promesas de lucro con que se la arrastró á

esta ciudad, y menos aun los incentivos execrables y que nunca podremos describir, con que se estimularon los más infamantes anhelos de esa gente brutal. Bastan los hechos acaecidos en el combate del 2 de Diciembre, que hemos referido y algunos más que escogemos entre otros de distinta especie.

Habiendo Pesántez tomado la balija de un correo, quemó algunos procesos judiciales por crímenes comunes.

Eran sus sentimientos filantrópicos. Siendo soberano, teniendo derecho sobre vidas y propiedades, usó también del derecho de indultar....

Narramos que en la noche del 1.º al 2 de Diciembre cayó prisionero el Dr. Agenor Palacios. Iba á ser fusilado por la avanzada en que cayó, pero el prisionero pudo desviar el arma del agresor y el proyectil homicida. Con angustiosas ligaduras fué presentado al Estado Mayor. Nevares lo sometió á examen. El diálogo tenía por objeto convencer al Dr. Palacios de que los invasores *venían á defender la Constitución* y de que, habiéndose establecido la pena de muerte para los revolucionarios, *un prisionero de Caamaño debía sufrirla*. Terció Barahona en la plática preguntando al prisionero:

—Hay cerveza en Loja?

—Sí.

—¿Cuánto vale una botella?

—Un sucre.

—Oh! No la compraré, pero sí la beberé.

Como en este acto se indicase que el prisionero era hermano de un empleado del Gobierno, Caveró le mandó dar seis pasos al frente y ordenó el fusilamiento, que iba á ejecutarse, cuando dos voces lo impidieron, razonando que *su causa no era de sangre*. Se conmutó la pena con llevar por delante al prisionero en el ataque, y pasarlo por las armas así que un montonero sufriese el menor daño. Salvo lo último, que la turbación de la batalla impidió, se ejecutó lo demás.

Las anécdotas de este episodio valdrán, no lo dudamos, para las personas de mirada perspicaz. Educación, instintos, nivel de espíritu: esto y algo más se notará en estos curiosos rasgos de los montoneros.

XVI

 LA victoria del 7 de Diciembre es tanto más gloriosa cuanto

que, como hemos dicho, era impreciable, y fué el resultado de la fe y buen consejo del Jefe (cuya perfecta seriedad nunca olvidaremos los que tuvimos la ocasión de apreciarla); de la buena táctica y heroica resolución de los comandantes de los cuerpos, y del imperturbable denuedo y ardiente entusiasmo de los soldados. Si los partes recomiendan especialmente á algunos de los valerosos obreros de la redención de Loja, no por eso merecen menos los que no hallaron la ocasión que apetecían para señalarse.

Lojanos y azuayos fueron, únicamente, los que empeñaron la memorable acción y segaron los gloriosos y puros laureles. Esta atestación la hacemos por que la prensa de alguna provincia ha afirmado que tropa de otro distrito colaboró en la jornada del 7.

Cuál sea el influjo de esta victoria en el desenlace de los acontecimientos futuros de la República, no debemos preguzgarlo. La historia es el espejo del pasado. Pertenece sí, á nuestra labor trazar siquiera sea la silueta de ese cuadro sombrío que contemplamos cuando, pasado el huracán revolucionario, echamos una ojeada sobre las huellas que marcó su paso.

En lo moral, notamos la rebelión contra los deberes, mediante la creencia en el derecho de todos para todos, y la sublevación del légamo social contra el patronato necesario de las clases que por sus virtudes, su inteligencia ó industria conquistan un puesto en la inextinguible gerarquía social. Estimuladas las vergonzosas pasiones de gente de aviesos conatos, las costumbres pierden su régimen y todo bien moral naufraga en el vórtice abierto por los vicios desencadenados. La primera piedra de escándalo se colocó en esta provincia por los *regeneradores* dictatoriales que en Enero de 1883 esparcieron simientes de disociación. La obra incómoda por una infame tiranía espantosa, vino á continuarse, en época de igual coloraja, por otra tiranía no menos infamada y que lucha en vano por imponerse. Pero no significa esto un progreso del radicalismo. Los traidores del 8 de Setiembre de 1876 han cambiado de librea pero no de estirpe ni de designios: ellos mismos son los que se alzaron contra el gobierno verdaderamente popular, legítimo, honrado y progresista de entonces; ellos los que, por intereses particulares, ya se aunan ya se combaten; ellos los que vuelven á izar la sangrienta bandera, para obstar á lo menos la corriente del progreso que, á la sombra de la Constitución y de las leyes, iba con ímpetu arrollando todas las dificultades; ellos los que quieren vincular el poder en sus familias, haciendo de la política una fuerza ciega, que trabaje perennemente en el taller de la ambición, labrando los gajes de la bastardía. Ellos, sí, los mismos, los del Viernes Santo de 1877, (*) los victi-

* Cuando Irigoyen cayó prisionero en Cúlica no tuvo otras armas que un frasco de estrimina y otro de opio. Preguntado por la aplicación que á esas sustancias podía dar un militar, contestó: "Eso sirve para matar perros y cristianos."

miró; le la hacienda la Palestina, los de la celada de Yaguachi....
No son, no pueden ser otros.

En lo político, la montonera ha creado intereses y tendencias, antes no sentidos por los arrabales de la provincia. Tampoco en esto hay un progreso. Las revoluciones crean necesidades, pero no aptitudes. La revolución quiere suponer que los pueblos apetecen un cambio de cosas; pero en nuestros pueblos hay una inmensa mayoría que aun no sabe discernir en materias públicas. No creemos deber ocultar un ejemplo de estos días. La Gobernación de esta provincia recibió una comunicación oficial de cierta parroquia, avisando que no habían podido hacerse las elecciones de concejeros municipales, por que no se les había mandado las listas de candidatos, y no se sabía por quién votar; Querrán estos ciudadanos un cambio de sistema de gobierno en la República, cuando aun no son capaces de elegir un concejero de cantón? Pero como la pereza es el vicio que más anhela por la novedad, y como vagamundos se encuentran en todas partes; éstos son los adictos eternos de toda innovación, para aspirar, mediante las revueltas, á la tenencia ó capitania de milicias de una parroquia, con lo que se constituirán en faraones de aldea. Si á esta mayoría que no quiere ni puede querer sino la paz bajo un gobierno equitativo que abra ó mejore los caminos, que proporcione escuelas (no laicas, católicas) y que no ordene la recluta; si en este pueblo se quiere introducir, con las armas, un sistema de gobierno que si conoce detesta; no se le defiende, se le conquista; y esta conquista es mucho más violenta y execrable que la que solían hacer los reyes de otros siglos.

En lo económico, ah! en lo económico es en donde se aprecia más fácilmente la ruína que causa la revolución. Agotados los fondos fiscales de esta provincia para mantener el orden público, las rentas provinciales han tenido que comprometerse; y como no bastasen, la caja fiscal del Guayas ha auxiliado á la de Loja con más de S. 30, 000. El porvenir de esta sección territorial está inequívocamente en la apertura de una buena vía de comunicación llevada hasta Zaruma. Con el caudal sacrificado á la conservación del orden hemos podido labrar en nuestros cerros la ambicionada vía. D. Eloy Alfaro nos ha hecho consumir ese caudal, D. Eloy Alfaro lo ha derrochado, D. Eloy Alfaro ha disipado los elementos de nuestro progreso, D. Eloy Alfaro devoró nuestro brillante porvenir.....

Calcúlense las pérdidas de las municipalidades y las de los ciudadanos con siete meses de perturbación. En esta provincia se celebran ferias comerciales de gran importancia relativa; el influjo de guerra sobre estas funciones del comercio es fácil conocerlo. La montonera ha vivido y se ha movilizado á expen-

mas de esta provincia. ¿Quién puede decir la cifra que comprende todas las pérdidas que causa el pillaje? Felizmente la victoria última salvó á esta ciudad de la ruina que C'avero le había depa-
rado. Es un hecho bastante bien averiguado que C'avero trajo premeditado *el exterminio de una notable familia y la asolación de algunas de las principales casas del pais*. Una antigua venganza era la causa de esta determinación. Patricio tenía, por su parte, disposiciones iguales. Cuando el pueblo lojano hizo patente su aversión á los invasores, cuando los amigos de estos rehuyeron su compañía en los momentos en que era necesaria, C'avero, el *Coronel Comandante General de la División del Sur*, se dispuso á destruir la ciudad incendiándola. Sobre las varias pruebas que á este propósito se nos han suministrado, existe el hecho notorio de haberse hallado, en la victoria del 7, botellas de kerosine y fósforos (en aptitud de ser inmediatamente usados) en una de las barricadas y en las torres de la catedral y San Francisco. En una torre se halló, además, una botella de un líquido desconocido por nuestros soldados.

Poncio, el joven general samnita, como hubiese, con habilidad, hecho prisionero un ejército de Roma, mandó consultar á su padre lo que haría de los vencidos. El viejo Herenio dió por contestación: "Mátalos á todos." Por extremo tuvo Poncio el consejo de su padre, y envió por segunda vez á decirle: "¿Qué haré de Postumio y sus legiones?" y Herenio contestó: "Déjalos ir libres á todos." Como se interrogase á Herenio por la razón de tan contrario dictamen, dijo: "La magnanimidad puede hacer de los vencidos unos aliados eternos; la severidad, quitando á Roma sus mejores defensores, la dejaría impotente por largo tiempo para traernos la guerra." La historia califica de prudente el primer consejo del anciano samnita; más su joven hijo no le siguió: pensaría que en casos extremos valían determinaciones medias. Los guerreros romanos salieron de las horcas caudinas, libres todos, pasando por bajo un yugo que significase que fueron vencidos. Este término medio, este pueril provecho de la victoria, este arbitrio de la vanidad, contrario á la madurez del juicio, dió por resultado que los romanos, quebrantando sus juramentos, talionasen muy luego sus agravios y que, al fin, exterminasen á los samnitas.

Este pasaje de la historia antigua se nos ha venido á la

memoria con la singular fortuna del Coronel Vega de apresar á todo el ejército enemigo, en el que estaban los mejores defensores del bando invasor. Ahora viene á la mente de todos esta cuestión: ¿Qué norte van á correr los prisioneros? Herenio ha sido consultado; Herenio habló ya. El Congreso de 1886, al declarar á los revolucionarios militares en servicio activo para los efectos del juzgamiento y la pena, dijo: *Mataid!* El Ejecutivo, hasta ahora ha venido procediendo según el último consejo. Pero la magnanimidad la aconsejó Herenio para con los romanos, un pueblo ilustre y generoso, un beligerante lejítimo, un enemigo con quien era lícito y hasta conveniente hacer tratados, una nación con la que se podía vivir en paz. ¿Cabe punto de comparación entre la patria de Postumio y el bando de Vargas T.? y ¿sería posible algún tratado? y podría Alfaro prometernos la paz? Roma faltó á la fe prometida en Caudío, y exterminó á los samnitas. Serán Caveró y Patricio de mejor fe que los patricios romanos? proceda ^{eran} mejor? Dése libertad á los prisioneros, prémiese con el indulto el haber derramado sobre la República como una catarata de infortunios! Ya están en las horcas caudinas. La afrenta de la derrota y la prisión sabrán talionarla; sí, por que ellos, los que no oyen sinó el consejo de la violencia, los dueños de todos los derechos, los que no reconocen en el Gobierno sino fortuna, ni le tributan sinó calumnias, denuestos y burlas, ni deparan á los mejores sino el exterminio: ellos sí saben obrar sin que asome á su mente la necesidad de la clemencia y sin que fatigue su corazón el cúmulo de males de que son fuente. Entonces el vencedor pondrá como Breno su espada sobre la balanza de la justicia y dirá como el bárbaro "Vae victis!"....

La clemencia es remedio que viene usándose desde que Nevarres pretendió trastornar el orden que procuraban establecer los tres partidos políticos en que se divide la República. Cerca de tres años ha visto el país la aplicación de ese tópico que viene llamándose clemencia, que los enemigos estiman como un homenaje á sus derechos y que los pueblos miran como un indicio de debilidad. Desde luego que no puede juzgarse con acierto sobre las determinaciones de los altos poderes en cuya atmósfera se presentan fenómenos que fuera del gabinete son poco ó mal conocidos; pero los principios de justicia son claros y los de conveniencia social no pueden por toda una época ser un misterio. La clemencia, virtud regia y sublime, es un atributo que viene del cielo juntamente con la soberanía. Cuando la justicia va, ciega, á descargar su espada sobre el infractor de la ley; si éste, antes de ser arrastrado al negro seno del crimen fué contado entre los bue-

nos; si impensadamente se halló envuelto por pasiones violentas de las que arremotinándose sobre la débil voluntad humana la precipitan, dan con ella, de súbito, al bátratro de la culpa; si el acusado es digno del amor y respeto de su patria ó el objeto de sus esperanzas; entonces la clemencia se interpone entre la justicia y el culpado, deposita en el ara de la ley la ofrenda del arrepentimiento y viene el perdón.

No es de nuestro propósito discurrir sobre la pena de muerte; esta pena necesaria, es en el Ecuador una ley de bondad absoluta y relativa. Si el temor la obsta, falta la serenidad de espíritu: si la impiden siempre las conveniencias sociales, 1.º hay bondad relativa, y los poderes legislativo y ejecutivo no proceden de acuerdo. Más ¿qué conveniencias sociales detienen el hacha de la ley? Acaso la bondad de los acusados? Allí están Caveró, Patricio, los montoneros.... ¿Talvez la necesidad que tiene la República de conservar esas preciosas vidas?.... ¿Por ventura el colorido político de esa sanguinaria ralea ha elevado á esos hombres hasta el punto de considerarlos privilegiados? y son capaces de arrepentimiento? y se espera su reforma? Premeditación de largo tiempo, uso de todo medio, ejecución con plena conciencia y frialdad, obcecación y, como timbre de orgullo, la desvergüenza y el endurecimiento de alma. ¿Son estos los títulos para la clemencia? ¿Qué efectos ha causado la amnistía decretada en 1885? ¿Cuál es el resultado de los indultos otorgados desde 1884? Debe creerse á la experiencia.

Las ejecuciones de pena capital no deben excusarse cuando se dictan bajo un poder lejítimo y son conformes á la ley. Un poder usurpador obra mal si condena al último suplicio; por que á la injusticia con que se alzó sobre leyes y sobre pueblos, une lo riguroso de las medidas para mantenerse en la balanza del destino, pesando más que toda una nación. Pero cuando la pena de la vida no la imponen la usurpación ni el interés privado; cuando no se ejecuta por un hombre sinó por la ley; cuando no se inflige por el odio ó suspicacia de la tiranía sinó por la obcecación de un culpado; cuando no se padece por las intrigas de alguna ambición sinó por la contumacia y la perfidia, y por el provecho de todos, y por el sosiego común, y por el verdadero progreso nacional; entonces esa pena es un acto de justicia, el mejor de los consejos, un remedio saludable, fenómeno solemne y conmovedor que se imprime en la imaginación pública difundiendo el bienhechor escarmiento por más de una generación.

Así han obrado las naciones modelos. En Francia se fusilaba á los comunistas de 1871, y cómo! El infeliz que era encontrado con un rifle, si éste por el olor denunciaba haberse hecho fuego, el comunista era ejecutado sin más diligencia. Conocido es el pró-

cedimiento contemporáneo en los países más civilizados de Europa con los perturbadores de la tranquilidad pública. Los EE. UU. de América han colgado de la horca á 7 anarquistas, precisamente cuando Vargas ocupaba esta plaza. Méjico, por su parte, no indultó al general García de la Cadena. ¿Serán más afortunados los de la montonera? ¿Acaso por que vienen en nombre de un gobierno sin tierra? (*)

La clemencia halló un puesto en el Olimpo romano; se le dedicó un templo: tanto se ponderó la benignidad de César que amnistió á los pompeyanos. César perdonando á sus enemigos obró como diestro político; abriendo las puertas de Italia á los que, asidos de las santas leyes de la patria, quisieron perecer con la república, se rindió á la justicia; porque César no llevó á los campos de Farsalia sinó su ambición. “Las leyes, los cónsules, el senado, los magistrados, los pontífices, los caballeros romanos, los patricios, la mejor parte del pueblo mismo, la república, en fin, estaban con Pompeyo; los ambiciosos, los facciosos, los sediciosos, los corruptores y corrompidos, la juventud, el populacho y la soldadesca, los bárbaros reclutados en las Galias estaban con César.”(**) ¿Estamos en el caso de imitar á César? Si en Farsalia hubiera triunfado Pompeyo, los vencidos habrían rodado por la roca Tarpeya.

Una nación que cuenta con suficientes casas correccionales ya puede ser menos severa en la aplicación de la última pena. Si á la única casa correccional con que cuenta el Ecuador enviamos un ejército organizado, un impensado accidente puede convertir la penitenciaría en una avanzada enemiga.

Discurrimos sobre este tema de un modo teórico. Felizmente, cuando estas páginas vean la luz pública ya la suerte de los prisioneros del 7 de Diciembre estará definida; ni nuestra desautorizada voz alcanzaría á influir en las determinaciones de los magistrados á quienes incumbe la participación en el fallo. Aseguramos que nuestra humilde opinión es el dictamen de todas las clases sociales, según lo hemos llegado á conocer, y no es solamente la provincia de Loja la que desea que el Ejecutivo se revista de la severidad que requiere la salvación de la Patria.

Ojalá que, el Exmo. Sr. Presidente, que con mano vigorosa ha tenido la suerte de conducir con felicidad al Estado por en-

* Es un fenómeno por demás singular un gobierno que existe fuera de la Nación, que no tiene imperio en ninguna parte, que nadie le ha creado, que nación alguna le reconoce y cuya constitución se ignora en lo absoluto. Este gobierno es el mayor ultraje á los principios republicanos y á la dignidad ecuatoriana.

** Lamartine.

entre arduos y prolongados azares, cumpla la segunda parte de su misión: dejar obrar á la justicia. La indeclinable ley de la expiación viene entregando los malhechores á los jueces. El progreso como un río estancado forma infructuosa laguna durante las guerras; es necesario que las zozobras terminen, que la paz aliente todas las industrias; que el progreso se desate en incontenible raudal. Tanto bien vendrá con la extinción de los montoneros, mediante la actividad del Gobierno, la patriótica aversión de pueblos como Loja y del escarmiento que engendrará la acción de la justicia.

Tácito.

